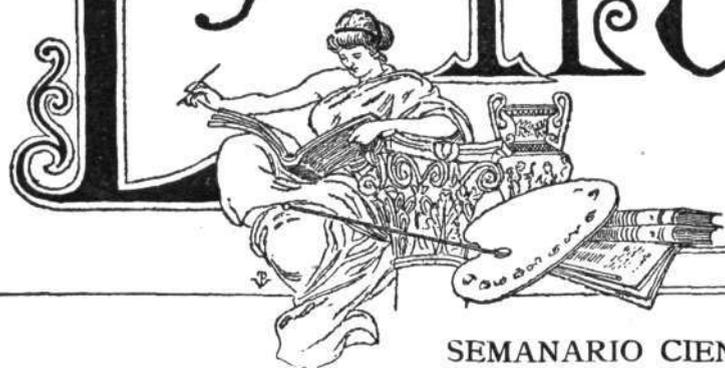


LA ILUSTRACION Ibérica



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año X

Barcelona 26 de marzo de 1892

Núm. 482

OBRAS DE D. JOSÉ CUSACHS



INFANTERÍA ESPAÑOLA. (Propiedad del Sr. V., Barcelona)

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Chi lo sal...*, por Carlos Miranda.—*Corriente eléctrica*, por F. Degetau y González.—*El pintor D. José Cusachs*, por Alfredo Opisso.—*Propósito de enmienda*, por Antonio Fernández Navarro.—*Nuestros grabados*.—*En Susa*, por Mme. Jane Dieulafoy (continuación).—*La hermosa Graziana*, por Anton Julio Barrili (continuación)

GRABADOS: *Obras de D. José Cusachs:* Infantería española. D. José Cusachs, capitán de artillería. Estudio de D. José Cusachs. Escolta real. Capitán de cazadores. El abrevadero. Caballería francesa: Capitán de dragones. Maniobras de infantería. Maniobras de artillería. Oficial de infantería. Corneta de cazadores.—Gerona: Castillo de Hostalrich.



D. JOSÉ CUSACHS, CAPITÁN DE ARTILLERÍA. (Retirado)

MADRID

EL DRAMA DE PÉREZ GALDÓS

RREALIDAD, el drama de Pérez Galdós, que se ha estrenado en el teatro de la Comedia, es el acontecimiento literario del día y el tema de artículos de periódicos y de muchas conversaciones.

Apenas se habla de otra cosa. Clarín ha dejado por un momento su cátedra de la Universidad de Oviedo para venir á presenciar el estreno de la obra y escribir el juicio crítico en *La Correspondencia*; Balart, que hace muchos años que vive en un completo retiro, abandonó sus patriarcales costumbres, y fué aquella noche al teatro para recoger directamente las impresiones de que dará cuenta en *El Imparcial*; el público se apresuró á llenar las localidades, á pesar de que se había subido el precio, y en las butacas y en los palcos se veía á las eminencias de la literatura y á las notabilidades de la belleza.

En una platea se presentaron juntas la du-

quesa de Osuna y Emilia Pardo Bazán, uniendo los hombres de la nobleza y los del ingenio, como cuando D. Pedro Girón *el Grande*, el virrey de Nápoles, estrechaba la mano de Quedo y protegía la publicación de sus obras.

El público de las galerías estaba compuesto casi exclusivamente del elemento joven, de los estudiantes que leen entusiasmados los *Episodios Nacionales* y no regatean sus aplausos al que los conmueve y los interesa, y se veían en todos los sitios del teatro caras alegres y sonrientes de mujeres amigas de *Gloria* y de *Doña Perfecta*, de *La familia de León Roch*, de *La Desheredada*, de *Fortunata y Jacinta*, de to-

escrito estas líneas es un literato de primer orden.

Y dando preferencia á los artículos sobre otros originales más urgentes, los publicó en el número más inmediato de la *Revista de España*. La firma que iba al pie de aquellos trabajos acerca del grandioso monumento religioso de la imperial ciudad era la de Benito Pérez Galdós, un muchacho desconocido, de un carácter muy tímido y reservado que acababa de llegar de Canarias, donde había nacido.

El perspicaz instinto del director de *El Contemporáneo*, acostumbrado á tratar á tantos hombres notables, no se había equivocado: el autor de los artículos descriptivos de la catedral de Toledo era un literato de primera fuerza, desde aquel momento le quedaron abiertas las páginas de la *Revista de España*, y allí continuó publicando: *El artículo de fondo*, esbozos de novelas y hasta *crónicas políticas*, todos los trabajos, en fin, que precedieron á *El Audaz* y *La fontana de oro*, las dos obras que comenzaron á fijar la atención del público, como ya se había fijado la de los doctos en el modesto joven recién llegado de las islas que merecieron el nombre de Afortunadas.

Desde aquellos tiempos en que estaba en su período de desarrollo la Revolución de 1868 hasta estos en que se han llevado á las leyes todos sus principios bajo el régimen de la restauración, han trascurrido los años de la lozanía y de la madurez del fecundo é insigne autor de *Los Episodios Nacionales*, y el que había llegado al primer puesto de la novela española ha abordado resueltamente la escena para unir á sus triunfos los de autor dramático.

El teatro tiene una atracción verdaderamente avasalladora para los novelistas que, por regla general, no encuentran en la escena los éxitos que en el libro. La obra dramática de Balzac, *La madrastra*, se ha perdido en el olvido, mientras son inmortales su novelas. Los fracasos de Emilio Zola en el teatro son recientes, y Daudet no llega, á pesar de sus esfuerzos, á alcanzar como autor dramático la fama que tiene como novelista.

¿Ha sido Pérez Galdós más afortunado? Los príncipes de la crítica, las eminencias de la literatura y el público, con su supremo fallo, han dicho que sí. *Realidad* es una obra asombrosa que Galdós ha sacado del ancho campo de la novela para encerrarla en el estrecho marco del teatro, y que ha logrado, sin embargo, interesar y conmover.

La diferencia entre la novela y el drama es inmensa: en la primera el autor analiza, estudia, prepara á su gusto los sucesos sin que nada le limite ni le contenga, y en el segundo tiene que confiarlo todo á la acción y á las impresiones.

No se comprenden mejor las diferencias que entre la novela y el drama existen que viendo representar un drama calcado en una novela de las que más han impresionado. Yo he visto representar en el Teatro Libre de París *Le Père Goriot*, drama basado en una de las novelas de Balzac que más me han entusiasmado, y confieso ingenuamente que cuando llegó la escena en que aquel padre fanático prepara él mismo la entrevista amorosa de su hija con su amante no pude vencer un sentimiento de repugnancia.

En la novela, la magia del estilo, el análisis del novelista, lo interesante del estudio son otras tantas pantallas encantadoras que velan lo repugnante de la acción que en el drama aparece con toda su desnudez.

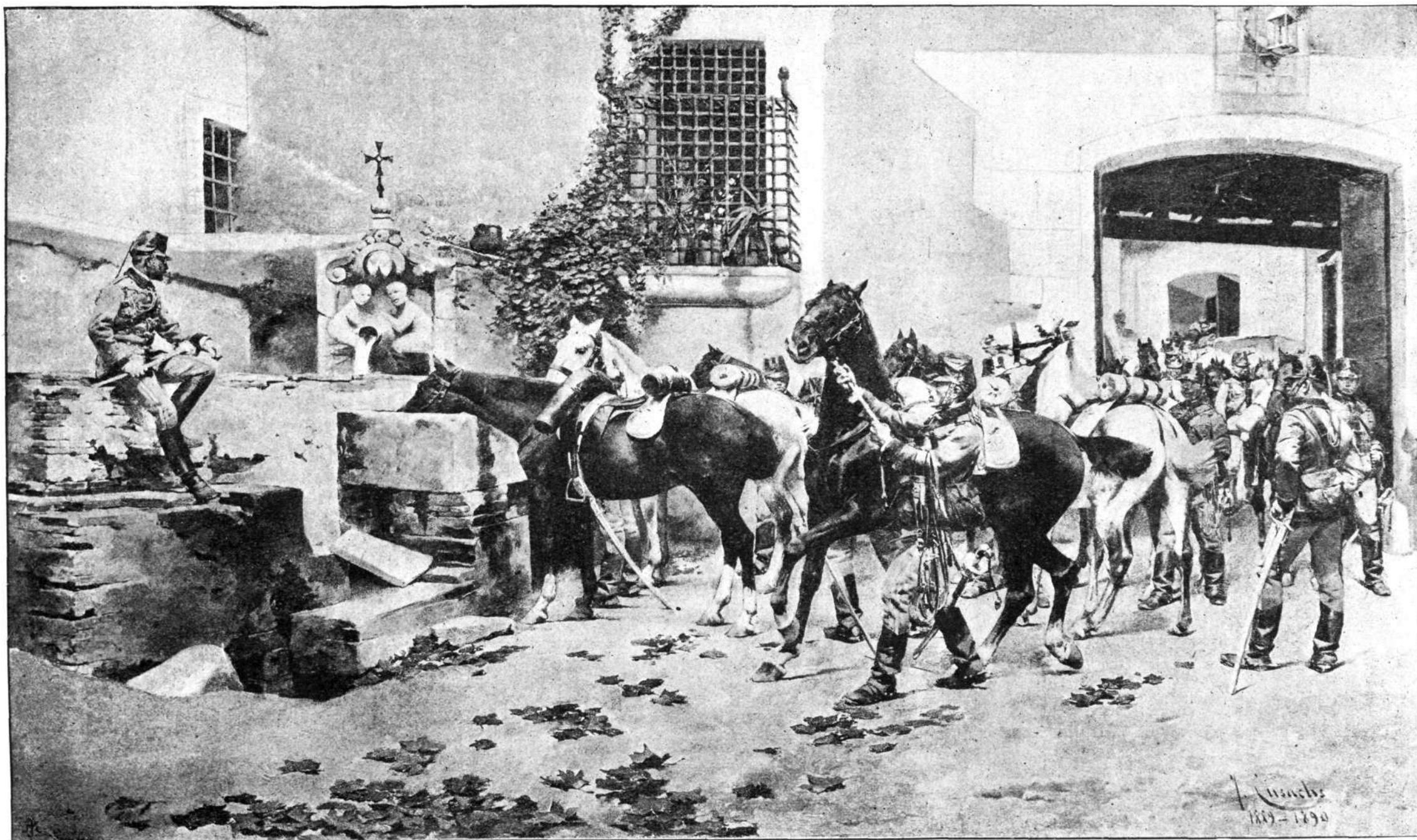
El carácter de Tomás Orozco, el protagonista de *Realidad*, es más propio para ser examinado psicológicamente en la novela que para ser presentado en el drama. Rara especie de anacoreta del espíritu, ha dicho con notable acierto Julio Burell, místico á su manera, cuáquero á su modo, que cree en la suprema perfección del alma por medio de la abnegación, de la renuncia á los apetitos groseros y á las pasiones, nada turba la solemne paz de su espíritu. Ingratitudes, contratiempos, pequeñeces, grandezas, miserias y vanidades,

dos los personajes creados por el insigne novelista; y escudriñando un poco, no hubiera sido difícil hallar, entre aquella brillante concurrencia, á la marquesa de Tellería, á las de Pez, á Miquis y á otros muchos tipos famosos desde que las novelas de Pérez Galdós andan de mano en mano.

En el palco que de ordinario ocupa la aristocrática sociedad del *Veloz Club* se veía un caballero muy conocido, que por razones especiales tenía que tomar parte muy principal en el acontecimiento. Era el ex ministro liberal D. José Luis Albareda, nuestro antiguo embajador en París y en Londres, y propietario que fué de la acreditada *Revista de España*. Dirigía el Sr. Albareda esta *Revista* en los tiempos en que alcanzó la publicación el mayor auge, y un día le llevaron, entre el original que solicitaba publicación, dos artículos que trataban de la catedral de Toledo, y llevaban al pie una firma completamente desconocida.

Albareda los leyó y quedó maravillado.

—Esto es magnífico,—dijo,—y el que ha



EL ABREVADERO. (Propiedad de Mr. Rufer, Londres)

CORRIENTE ELÉCTRICA

A MI INPLACABLE ADVERSARIO Y RESPETABLE Y MUY QUERIDO AMIGO EL SEÑOR MARQUÉS DE BOGARAYA

Todos los escritores buenos ó malos labran su capullo, unos mueren en él, otros escapan, convertidos en seres alados. Para unos su propio trabajo es una tumba: para otros la cuna en que se preparan á renacer en la inmortalidad. Pero ¿puede haber nada más respetable que ese paciente trabajo de meditación y de estudio? — ZAHONERO. — *Zigzag*, págs. 3 y 4.

I

—¡Corriente transmisora del verbo, revélame tu secreto! Sí: es preciso que yo descubra el mágico resorte que despierte en el fondo de su eorazón vibraciones profundas é ignoradas.

Así pensaba Guillermo, cuando, después de comprimir el botoncito de la puerta, oyó, allá en las entrañas de la casa, el repiqueteo nervioso y rápido del timbre que anunciaba su presencia.

Iba profundamente agitado y conmovido. No había tenido siquiera una mirada para el portero de patillas largas y abundosas, que, gorra en mano, le abrió la vitrina del zaguán, ni para la soberbia escalera de veteados mármol, cubierta por rica alfombra encarnada, ni para su propia imagen que, al reflejarse en el espejo de la meseta, poníale delante la palidez de su rostro y el brillo febril de su mirada.

En aquel momento no pensaba más que en Diana, la condesa, aquella joven encantadora de cabellos rubios, cuyos hermosos ojos, velados por negras pestañas, brillaban con titilaciones de estrella.

Durante muchos días había mantenido consigo mismo una lucha titánica. Había comparado su situación de artista del pensamiento, es decir, de artista pobre, con la de ella, la rica heredera, y su dignidad había puesto un veto á los anhelos de su corazón, porque hay algo más temible que el orgullo del dinero: la modestia del talento. Y pretextando que sus estudios y sus trabajos le embargaban el tiempo había suspendido sus visitas á aquella casa.

Pero el amor, que representa en la vida lo que el éter en la Naturaleza, estaba en todo y por encima de todo. Y el amor lo llevaba allí imponiéndole la necesidad invencible de revelar de una vez que la adoraba, de proponerle que renunciase á todo aquel lujo y á toda aquella fastuosidad para seguirle á su alegre cuartito lleno de sol y de luz á ser allí la musa inspiradora, la inseparable y dulce compañera. ¡Ah! Pero ¿respondería ella al llamamiento de aquella voz enamorada? ¿Acertaría él á tocar el timbre misterioso que había de repercutir en el seno de la diosa-musa?

Lo ignoraba: un íntimo presentimiento halagaba su sueño llevándolo á esperar que Diana lo dejaría todo por él; pero en seguida la sola consideración de las costumbres adquiridas y de las necesidades creadas por aquella vida de fausto y de opulencia y los prejuicios y preocupaciones del mundo que debían pesar sobre ella con grandísima fuerza, daban el carácter de una vana quimera al idilio entre un artista pobre y una joven de tan alta posición social. Y al fin y á la postre sólo quedaban en su ánimo la ansiedad y la duda. En la oscuridad de la noche, encerrado en su cuarto, encontraba, sólo por toda respuesta á su mudo é incansante preguntar, las lucecitas vacilantes, de móviles contornos, que la fiebre formaba en lo hondo de su retina, y fatigado de aquellos signos ininteligibles se dejaba arrastrar por la misteriosa impulsión que lo llevó hasta allí y que le había hecho apretar aquel botón que al ser comprimido producía en las profundidades de la casa un repiqueteo nervioso y rápido, á cuyo sonido un criado abrió la puerta.

II

—Hay que disculparlo, hijas: la amistad tie-

ne sus fuerzas, pero la ciencia y el estudio...

—Nada, nada: no nos convencerá V., conde, —dijo Pepita.—Se pone V. á leer esas cosas y resulta que no hay dos autores que estén de acuerdo. Lee V. á uno y le demuestra que posee la verdad y que no hay más verdad que aquella; y lee V. luego á otro, y le prueba terminantemente lo contrario; y si se quema V. las pestañas leyendo á un tercero, el Evangelio mismo aparece en la obra del último, que impugna victoriosamente á los anteriores, y al fin y al cabo se queda V. sin saber á qué atenerse. Mi padre lo dice con frecuencia. Cuando joven se dió á leer teorías de balística y de trayectoria, y concluyó por dejar todos aquellos libracos y no aprender más que las ordenanzas.

—Tienes razón, hija mía. Tú estás en lo firme,—apoyó sentenciosamente el viejo general.—Es lo que dijo en las Cortes mi amigo Sevillano, que no podía ver los libros porque una vez leyó dos que trataban de la misma materia y uno decía que sí y otro que no. Y desde entonces, para no perder el tiempo, no volvió á leer en su vida (1).

—Pero hay que reconocer,—dijo con tono reposado y afectuoso el padre de Diana,—que en medio de ese laberinto que forman las opiniones de todos los hombres y de todas las escuelas que en todos los pueblos cultos, cada uno con su historia, con sus costumbres, con sus preocupaciones y con su modo especial de ser, dirigen su vida á la investigación de la verdad, merecen plácemes los hombres que se dedican con noble anhelo á buscar lo cierto y consiguen siquiera orientarse en ese dédalo vertiginoso formado por el trabajo de tanto pensador ilustre.

—¡Metafísica, pura metafísica, conde!—dijo el baronico de Laca, que halló una coyuntura para disparar una galantería.—¿Hay pensamiento alguno de autor nacido, por ilustre que sea, que pueda compararse á la impresión que produce una bata, como la que lleva Diana esta tarde, vestida por una joven de su hermosura?

—Eso es muy lisonjero para mí,—repuso ella.—Pero ¿qué tiene mi bata de particular? Ni ¿qué puede decirle un traje femenino á un escritor metido entre sus libros?

—¡Ah, señorita!—hubo de exclamar Guillermo.—Esa bata de seda está hablando desde que entré en abono de mi conducta.

—Veamos,—dijo el de Laca estirándose los puños,—veamos la *liaison* que existe entre la bata de Diana y la filosofía. Explíquese V. Justifique la falta de galantería que implica el dejar la sociedad de estas señoritas por la de esos librotos.

—No aspiro á otra cosa. La tela de ese vestido encantador, que revela el gusto de Diana, es la obra de un insecto.

—¿Nos va V. á referir la historia del gusano de seda que se envuelve en su capullo y se encierra allí días y más días para salir convertido en mariposa y morir en seguida, dejando una infinidad de huevecillos de los que han de salir otros tantos gusanos, cada uno de los cuales ha de repetir la monótona historia de sus antecesores?—preguntó sin tomar aliento el joven barón, luciendo de un golpe todos sus conocimientos en la materia.

—No era ese mi propósito,—replicó Guillermo á su interruptor.—Dándolo por sabido, iba á decir que para mí la historia del pensamiento humano es esa misma del gusano de seda.

—¡Qué ocurrencia tan peregrina! Y nosotras ¿qué papel hacemos en todo eso? ¿Y su

(1) Esta afirmación es rigurosamente histórica. Fue hecha por un ministro de Hacienda discutiendo con el diputado Sr. Ariaga sobre el impuesto de consumos en la sesión del día 30 de diciembre de 1854. Dijo el ministro textualmente así:

—Yo marchó siempre por el terreno del positivismo y de los hechos: por eso no he sido más aficionado á libros, porque una vez leí dos que trataban de la misma materia, y en uno se consideraban las cosas de un modo y en el otro del contrario. Entonces, señores, dije: "No quiero gastar el tiempo, no quiero ocuparme de esto, pues no sé cuál de las dos doctrinas es la más cierta, en cuál de los dos libros se encuentra la verdad." Véase el *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes*, núm. 47, pág. 1075.

justificación?—le interrumpió impaciente Pepita.

—¡Que se explique, que explique la frase!—dijo á su vez Diana.

Guillermo continuó:

—Tiene la vida vegetativa del hombre un parecido extraordinario con la del industrioso insecto mientras se arrastra en el primer período de su existencia, devorando hojas de morera. Pero llega un día en que el misero acaricia un sueño que produce en lo íntimo de su ser la necesidad de amar algo bello, algo bueno. Y ese día siente la ambición de volar con alas de dorados reflejos entre las flores hermosas que se alzan sobre los yerbajos y los secos terrones. Y ante esta revelación profunda entra en el período de su elaboración personal. La crisis es larga y penosa. Es preciso trocar la gomosa emanación de su propio ser en un tejido armonioso de hilos brillantes que tengan los reflejos del oro, la suavidad de los pétalos y en su extrema delgadez la flexibilidad y la resistencia de las fibras poderosas. Y empieza esa callada labor interna, que tiene el misterioso silencio del templo y la majestuosa sencillez de la plegaria. ¡Cuántos perecen ahogados allá dentro sin haber podido romper sus propias envolturas! Pero cuando se da la fuerza y la paciencia necesarias, entonces surge la mariposa, que luce un momento sus alas brillantísimas y, por ley portentosa de su fecunda existencia, deja á su paso los huevecillos generadores de un nuevo enjambre de seres como él, que han de reproducir esa gloriosa vida de un instante, en cuyas entrañas palpita la eternidad de sus energías reproductoras. Esa es la historia del pensamiento. El escritor deja en cada inteligencia su ovulillo milagroso. De él sale á veces sólo la pedantería, porque falta la fecundación del luminoso rayo; otras la larva perdida antes de haberse encerrado en la labor reposada del trabajo mental; otras la crisálida ya formada, que parece sin haber roto su propia envoltura, y otras la alada mariposa, el pensador, el genio encargado de diseminar y extender á su vez la semilla genitiva de lo verdadero, de lo bueno ó de lo bello.

—¡Ah, estos idealistas, estos soñadores!—interrumpió el general arrellanándose en su butaca.

—Pero ¿y su justificación? ¿Qué papel hacemos nosotras en todo eso?—reclamó Pepita con mayor impaciencia.

—Señorita,—dijo Guillermo volviéndose á ella para fijar sus ojos después en los de Diana, que se clavaban en su alma como dos lucas.—En esa alegoría son Vds. el rayo luminoso que origina el prodigio. No hay una admiración generosa y desinteresada donde no hay una mujer que la inspire ó la sostenga con el calor suave de su afecto ó con los destellos de su recuerdo amado. El genio no se revela donde la atracción inmensa del amor no existe. Los eruditos que coleccionan ideas no acertarán á hacerlas sensibles y hermosas si su labor no late á impulsos de la ternura y del cariño. Son crisálidas que se condenan voluntariamente á eterna clausura, ordenando tras una vitrina, para resguardarlas del polvo de la vulgaridad, las perlas que el dolor ha producido en la vida, seres que se han sustraído á ella y no la han propagado; sacerdotes de la ciencia que se entregan al celibato en holocausto á la idea, no sus obreros que la humanizan, no sus artistas que la embellecen, no sus arquitectos que levantan esos grandes templos hogares del espíritu en que las adoramos. Sólo los guardianes encargados de velar la hermosura purísima con que las trabajó el obrero, con que las embelleció el artista, con que las ordenó el sabio de ayer, para que el genio de mañana, impulsado por el aliento de la inspiración y enardecido por el amor, vaya en alas de la vehemencia de su vida de un día á hacerlas fecundas y fructíferas para las generaciones siguientes. Y ese aliento inspirador fulgura en el centelleo de los ojos de una mujer, que dice al espíritu de un hombre aquello misterioso que al espíritu de Abderramán dijo

todo le halla impasible. Cualquier camino le conduce al bien, á la visión de Dios, á la purificación suprema; para ello se emplea á todas horas en empresas oscuras de caridad y en allanar obstáculos á sus amigos y aun á los desconocidos. Tiene los males por pasajeros y sopórtalos, con gusto, por conseguir así la disciplina interior de su espíritu; las injurias perdónalas por parecerse en algo á Dios, que es el perdón mismo.

Augusta, la mujer de Orozco, es el reverso de la medalla de su marido: en ella se sobre-

carne y hueso, todos están copiados fielmente de la sociedad contemporánea.

El acto quinto es verdaderamente shakesperiano, por más que no encaje, forzoso es decirlo, en el espíritu de nuestro público. Pérez Galdós nos presenta engrandecido, sublimado, al marido noble y generoso, engañado únicamente por su mujer y por su amigo, y la sociedad contemporánea no admite estas sublimidades.

El marido engañado que no mata, que no es *médico de su honra*, como dijo Calderón, está

imperfecta! Sólo una actriz, Julia Martínez, ha comprendido su papel; sólo tres actores, Cepillo (Orozco), Thuiller (Federico Viera) y Ortega (Manolo Infante), han interpretado fielmente los personajes de la obra de Pérez Galdós.

Ha faltado, principalmente, una artista que desempeñe el papel de Augusta, superior á las fuerzas de la Srta. Guerrero, que es una discretísima dama joven.

A pesar de todo esto, la obra ha gustado, y Pérez Galdós ha pisado con valentía la escena.



ESTUDIO DE D. JOSÉ CUSACHS

pone la carne al espíritu, por más que las materialidades estén veladas por la conveniencia á que nunca falta la mujer de mundo que rinde fervoroso culto á las conveniencias de la sociedad.

Federico Viera, el amante, el amigo desleal de Orozco, es una combinación del carácter del marido y de la mujer, un tipo como existen muchos en la sociedad contemporánea, esclavo del honor en todo lo que es apariencia y que comete, en la ruda lucha por la existencia, las acciones más deshonorosas, que está siempre dispuesto á exponer su vida en un duelo por la cuestión más insignificante, y que soporta las mayores humillaciones al firmar un pagaré y al dar dilaciones para cumplir sus compromisos.

El tipo de Federico Viera es uno de los mejores resultados del asombroso espíritu de observación de Pérez Galdós, de ese hombre verdaderamente notable, que, escondido siempre en su retiro, alejado de la sociedad, es uno de los que mejor la conocen y retratan.

¡Qué tipos los secundarios de la obra! La Perí, Malibrán, Manolo Infante, todos son de

siempre en ridículo, y la sociedad no ve en él el mártir sublime, el ser superior que nos pinta Pérez Galdós en su Orozco, sino el marido engañado que, cuando más, da lástima; pero que provoca siempre maliciosas sonrisas.

Mientras la sociedad esté constituida como hoy se halla, no verá nunca en el marido engañado la aureola del hombre superior, sino el córneo aditamento con que le ha adornado la musa satírica.

Cuando en la escena final de *Realidad* Orozco tiende los brazos á la sombra del amante de su mujer, no se escuchan, como quisiera el autor, notas celestiales de perdón generoso, sino el ruido monótono del cencerro que adorna el cuello de los mansos, que son modelo eterno de la mansedumbre y de la paciencia.

Realidad es obra escrita de una manera maravillosa y se puede asegurar que desde que se estrenó *Un drama nuevo*, de Tamayo, no se ha vuelto á escuchar en la escena española una prosa más castiza, un lenguaje más adecuado á la situación y á los caracteres de los personajes.

¡Lástima grande que las bellezas de la forma hayan estado oscurecidas por una ejecución

De su genio y de sus condiciones hay que esperar que no la abandone y que á *Realidad* sucedan otras obras que sean, para nuestra abatida escena, lo que el hierro para la sangre.

KASABAL

¡CHI LO SA!...

Si alguna vez lejos de mí suspiras,
no lleguen nunca á permitir los cielos
que oscurezca la nube de los celos
el amor entrañable que me inspiras.

Ni turben tu reposo las mentiras
que forjan de la ausencia los desvelos;
y, amante sin temores ni recelos,
no des quejas al aire que respiras.

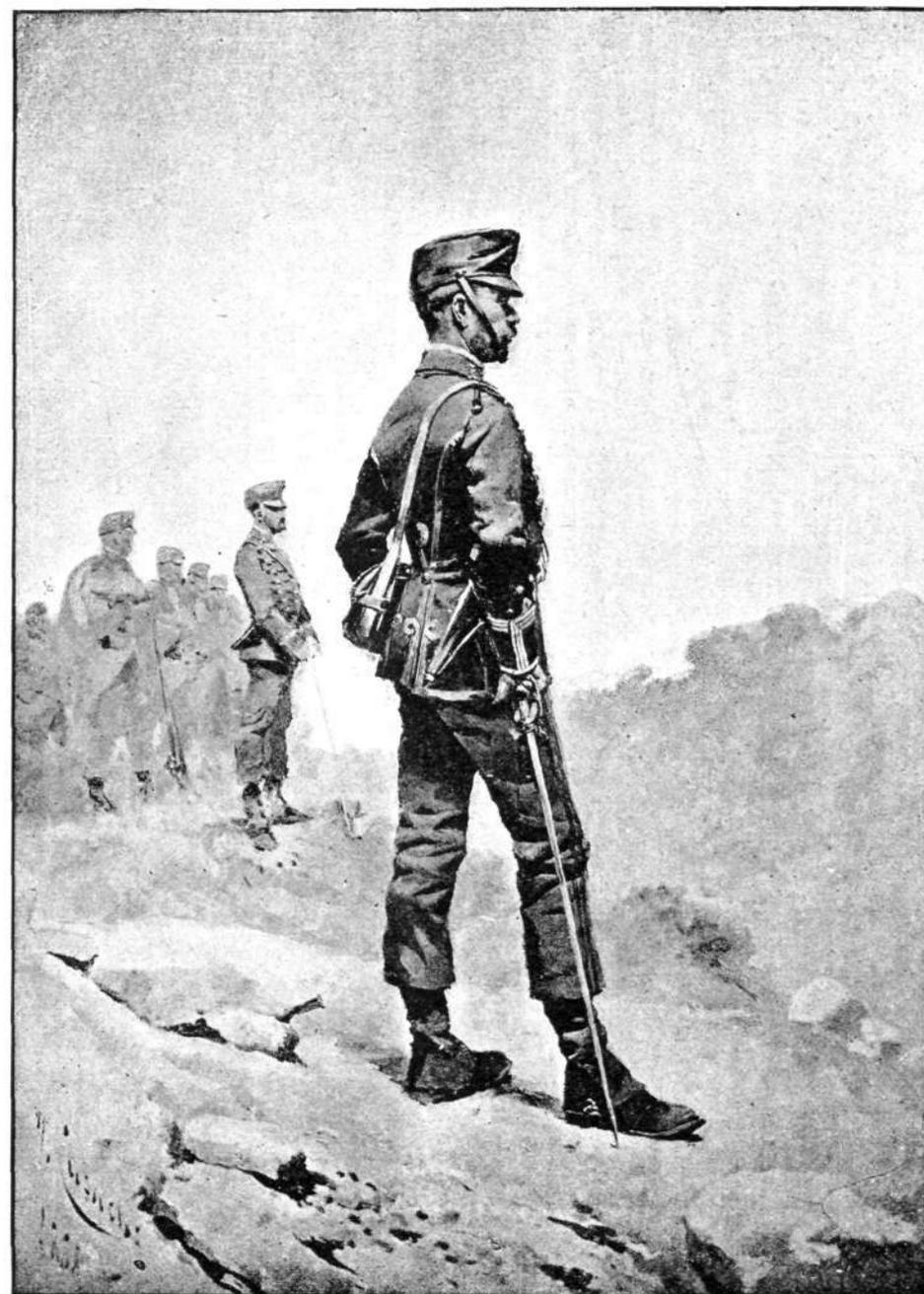
Pues si del aire en los volubles giros
llegasen hasta mí tus pensamientos,
de tu afán como débil resonancia,

¿quién sabe si, al llevarte mis suspiros,
se burlarían con razón los vientos
de tu incredulidad y mi constancia?

CARLOS MIRANDA



ESCOLTA REAL. (Propiedad de D. M. P.; Buenos Aires)



CAPITÁN DE CAZADORES. (Propiedad de D. M. P., Buenos Aires)

su madre y que le hizo fundar un reino en que las ciencias y las artes resplandecían, aquello misterioso que le dijo Beatriz al Dante y le llevó á conquistar un reino de gloria, aquello misterioso, señorita, que se escapa al historiador cuando cristaliza y clasifica los hechos en las páginas de la historia, y al crítico cuando analiza y enumera las bellezas de una obra, si al mismo tiempo que historiador y crítico el juzgador no es un artista.

—¡Que se va V. de este mundo! ¿Y su justificación? ¿Por qué abandona V. nuestra sociedad por sus libros?—le interrumpió Pepita nuevamente.

—Porque yo tengo, señorita, la aspiración de la crisálida que se encierra en la oscuridad de su rincón persiguiendo su silencioso trabajo con el temor profundo de que no he de llegar á realizarlo, redoblando á los impulsos de la ambición mis esfuerzos por obtener esas alas que me permitan volar hasta Vds. las flores de delicados matices que se alzan por encima de los yerbajos y de los secos terrones, con el anhelo infinito de inspirar en alguien tal vez un movimiento de honda simpatía, de irresistible atracción.

III

Diana, á quien Guillermo ya no se atrevía á mirar, sintió un calor vivo que coloreaba sus mejillas; y cuando el artista acabó la frase, dicha con apasionado acento, ella, turbada, sin darse bien cuenta de lo que hacia, comprimió un timbre que tenía cerca.

Presentóse un criado, y la joven condesa, al verlo inclinarse ante ella esperando sus órdenes, con un violento esfuerzo para disimular su emoción, le dijo secamente:

—El te.

El criado se inclinó de nuevo y desapareció.

La corriente se había establecido. Las palabras vehementes del artista, que llegaban, con cadencias deliciosas, á sus orejitas encarnadas, habían hecho sonar el timbre misterioso en el fondo de su ser con vibraciones rápidas, nerviosas, para ella misma hasta entonces ignoradas.

F. DEGETAU Y GONZÁLEZ

EL PINTOR D. JOSÉ CUSACHS

Nació este reputado artista en 1851. En 1865 ingresó en el Colegio de Artillería, demostrando en el curso de sus estudios las peregrinas dotes que reunía para el cultivo del dibujo, así como sus envidiables facultades en punto á la justa observación del natural.

Promovido al empleo de teniente, tomó parte el Sr. Cusachs en la guerra contra los carlistas, primero en Cataluña y después en el Norte, recogiendo durante sus campañas abundantes notas, estudios y apuntes de la vida militar.

Restablecida la paz, hizo más sólidos estudios, cambiando el lápiz por el pincel. Frequentó algún tiempo el estudio del malogrado pintor Simón Gómez, hizo un viaje á París, permaneció una corta temporada en el taller de Detaille, de quien recibió útiles consejos que influyeron poderosamente en el desenvolvimiento de su espíritu artístico, y, sobre todo, trabajó muchísimo, siempre con el modelo delante, consiguiendo no sólo distinguirse como pintor, sino sobresalir como dibujante á la pluma.

Por los años de 1879 á 1881 expuso el señor Cusachs algunos estudios, en su mayor parte figuras sueltas ó retratos, y dos ó tres escenas militares. "Notábase en ellos,—dice el Sr. Barado en un precioso artículo sobre la pintura militar,—las inexperiencias del artista novel, un colorido seco, rigidez y envaramiento en las figuras y desconocimiento de la pintura de paisaje. Pero estos defectos desaparecieron pronto; porque Cusachs, empeñado en su ta-

rea, pasábase días enteros frente al modelo, estudiaba el paisaje, no descuidaba la reproducción del caballo, elemento tan importante en la pintura militar, y sus progresos eran tan notables en el dibujo como en el color."

Vióse plenamente confirmado este adelantamiento en los tipos militares que expuso en 1882, año en que se retiró del servicio, en el cual alcanzara el grado de capitán, instalándose definitivamente en Barcelona. Ya por entonces pintaba el Sr. Cusachs con la elegancia y brillantez que le son ahora peculiares, acreditándose no sólo de pintor militar de singulares dotes, sino también de artista conocedor de todos los secretos de la técnica, así en el retrato como en el paisaje. Deseoso de perfeccionarse, hizo nuevos viajes al extranjero, y en 1886 recibió de la casa Ramírez el encargo de componer una obra pictórica de grandes alicentos, á la que dió cima en el espacio de veinte meses. Nos referimos á la conocida *Vida Militar*

en España, en la que figuran reproducidos 150 cuadros compuestos por el Sr. Cusachs en vista de los apuntes y estudios recogidos en el teatro de la guerra, y de innumerables modelos buscados en los cuarteles, picaderos, campos de instrucción, etc., reflejo todos ellos de la más exacta realidad.

"Examinando en conjunto las obras de Cusachs,—dice el eminente escritor antes citado (autor del texto de *La Vida Militar*),—échase de ver que sobresale en la pintura de caballete, en esa pintura sobre tabla, delicada y nimia, en que ha descollado en nuestros días Meissonier. Sus húsares y coraceros, elegantemente *puestos*, destacan sobre un fondo de tintas suaves que dan gran realce á las figuras. La pincelada es fina y vigorosa, todos los detalles están tratados con suma pulcritud, y el conjunto seduce á la mirada, tanto por su hermosura como por su naturalidad."

Conviene añadir ahora que la fecundidad del



CABALLERÍA FRANCESA: CAPITÁN DE DRAGONES. (Propiedad del Sr. V., Barcelona)



MANIOBRAS DE INFANTERÍA. (Propiedad de S. M. el Rey de Portugal)



MANIOBRAS DE ARTILLERÍA. (Propiedad de S. M. la Reina Regente)



Sr. Cusachs, como la de tantos insignes artistas, es extraordinaria, con la particularidad de que los últimos cuadros que pinta son siempre los mejores, viéndoseles en ellos hacer gala así de su dominio del color como de sus conocimientos militares. La perspectiva aérea, la luz, el ambiente, están hermosamente reproducidos; los términos bien dispuestos; las figuras bien agrupadas; hombres y caballos aparecen magistralmente trasladados al lienzo, y

formarse lo que es tan difícil: una personalidad.

El taller del Sr. Cusachs es tan típico como los cuadros que de él salen, no faltando nunca en él militares, ni tampoco artistas y aficionados que en unión de distinguidas personas constituyen una escogida tertulia. "Sus modelos,—dice el Sr. Barado,—son atléticos soldados de todas armas, vestidos ora en traje de campaña, ora en traje de gala ó de diario. Las

en dar á conocer la vida de ese héroe incomparable que se llama *el soldado español*, hermoso asunto de inspiración para el que se siente poseído con igual intensidad de amor á la patria y al símbolo de sus más puras glorias.

ALFREDO OPISSO

PROPÓSITO DE ENMIENDA

I

Aquello no era ya un cuarto tocador: era una Babel, un *maremágnum*, una jaula de locos, ó, mejor dicho, de locas: allí estaban Consuelito, Petra y las de Paz, que, sumadas con Irene, la dueña de la casa, y sus criadas, hacían un total de siete mujeres, que charlaban y reían por setecientas; y cuenta que no es exagerada la cifra comparativa si se tiene presente que se trata de mujeres que se ocupaban en disfrazarse para ir á un baile de máscaras.

¡Bonita estaba la habitación! ¡María Santísima! ¡Qué enredo! Todo estaba allí revuelto y hacinado: sobre una silla un traje de *pierrot*, un *boa* y un zapato de raso blanco con moña celeste; próximo á la silla, y en el suelo, el sombrero perteneciente al traje, y unos guantes junto á un lío de ropa. Las demás sillas todas ocupadas por distintas prendas de vestir, y sobre el sofá, entre otras cosas, un dominó de seda azul, encima una sombrerera abierta, en ella un corsé y unas medias listadas.

¡Qué algarabía! Todas hablaban y ninguna lograba entenderse. Y luego que allí no se encontraba nada. —Pero, señor, ¿dónde estarán mis botinas? —¿Y la caja de los polvos? —¿Dónde andan las horquillas? —Y... ¡Vaya V. á saber! Parecía que una mano oculta escamoteaba las cosas y las hacía variar continuamente de sitio.

Todos los tarrillos y cachivaches que poco antes se veían simétricamente colocados sobre la mesa andaban ahora en dispersión completa; buena parte del contenido de una botella de agua florida fué derramada por una mano torpe, y la atmósfera de la habitación se llenó de aquel perfume fresco y suave.

—¡Qué cabezas las de esas muchachas! —decía con frecuencia la hermosa Irene, procurando poner aquello en orden; pero... ¡que si quieres!... Consuelo las embromaba á todas.

La alegre muchacha se movía allí con esa desenvoltura de la mujer que está segura de no ser vista (por hombres, se entiende). Se había despojado de su traje de visita, habiase puesto graciosamente el sombrero de *pierrot* y andaba muy á sus anchas luciendo las blanquísimas enaguas y el corsé forrado de raso que acusaba morbideces tentadoras.

Ayudábanse mutuamente á vestir. Mientras una se empolvaba el rostro frente al espejo las demás la rodeaban, ya inclinándose unas para arreglar el extremo del vestido, ya alzándose otras sobre las puntas de los pies para dar la última mano al peinado; y siempre quedaba algo por hacer: aquí sujetar un lazo con un alfiler, allí dar unas cuantas puntadas para formar mejor los pliegues... ¡Qué mareo! A veces en un mismo palmo de tela se tropezaban varias manos femeninas que estiraban, cosían ó apuntaban en un mismo traje.

Por fin, después de muchas miradas, ora de perfil, ora de frente, cada cual cogió su antifaz y se dispusieron á marchar. Consuelo hacía una *pierrot* monísima: Petra y las de Paz llevaban trajes improvisados muy caprichosos. Irene estaba hermosísima. La graciosa morena, envuelta en amplio pañolón de Manila bordado de vivos colores, tenía ese sello típico de la andaluza de raza; y de ello daban fe sus ojos negros.

No: no iba Irene con gusto aquella noche al baile: eran las amigas las que se habían empenado en que fuera. Ella no había pisado nunca la alfombra de un baile de máscaras, y



OFICIAL DE INFANTERÍA. (Propiedad de D. R. M., Buenos Aires)

los soldados, así en arreos como en porte, son de verdad; y si en la obra figuran terrenos y arbolados, vense pintados con una realidad que no excluye el mejor gusto.

No solamente reproduce el autor las escenas de que ha sido testigo y los tipos militares contemporáneos, sino que, con no menor realidad, trata los episodios acaecidos en ya lejana fecha ó en apartadas regiones: así sucede con los tipos y escenas de la guerra de la Independencia, de la *guerra de los siete años* y de la guerra de África, y con diversos asuntos de Cuba y Filipinas reproducidos en *La Vida Militar*, los cuales, según han reconocido los que podrían dar razón de estos países, se distinguen por su perfecta exactitud.

El Sr. Cusachs, que en pocos años ha sabido labrarse una reputación tan envidiable como la de que goza, es vivo ejemplo de lo que puede el talento cuando se apoya en la fuerza de voluntad y en el estudio, pues casi sin maestros ni los valiosos elementos de instrucción con que han contado otros ha conseguido

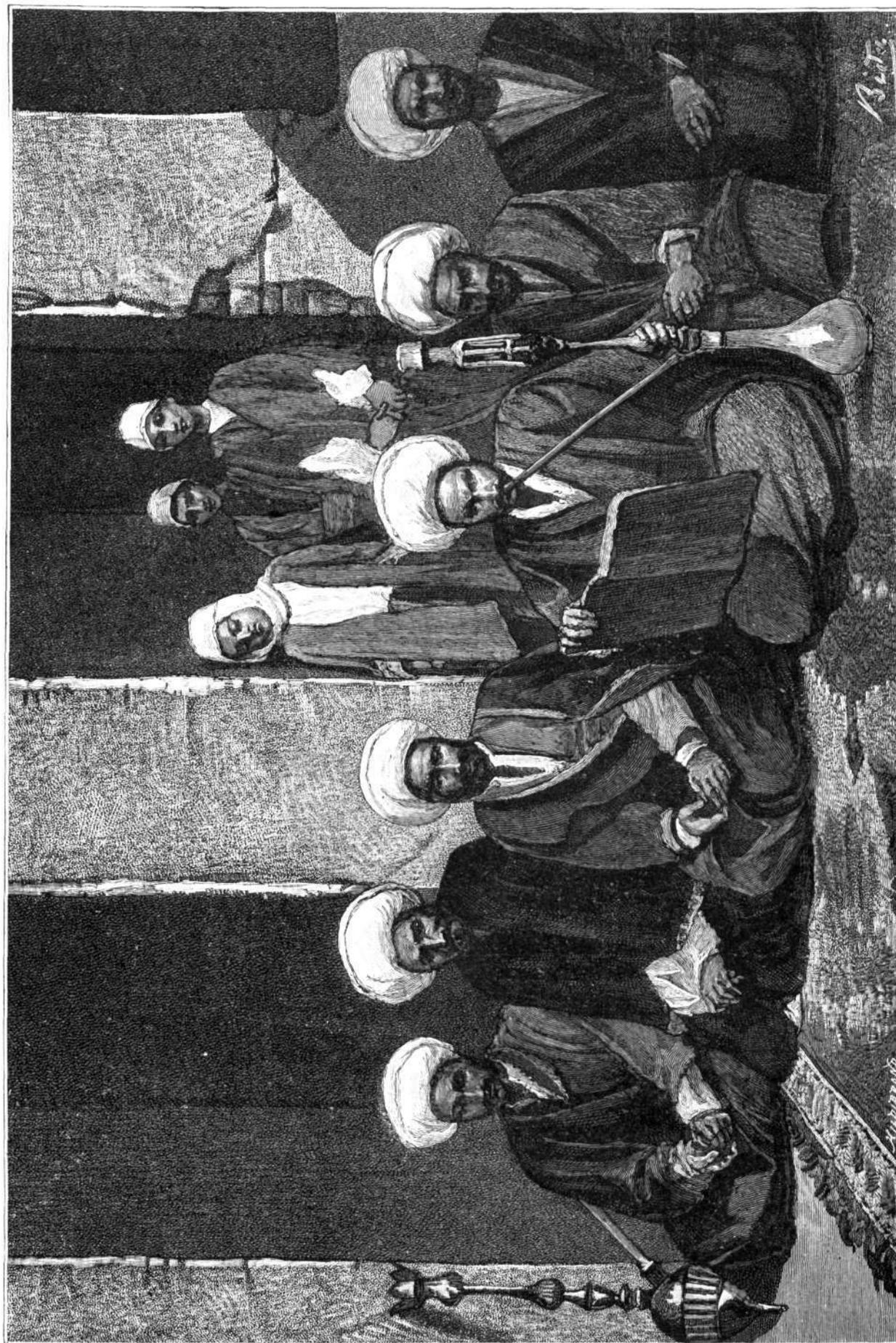
armas, arreos y uniformes militares ocupan los espacios que dejan libres los cortinajes, mamparas y trípodes; el bruñido casco y la pesada coraza alternan con las sedas y los brillos, el fusil y la lanza con los bronceos y los lienzos. Tampoco faltan allí libros militares, importantes colecciones y álbumes, y en no corto número cuantas ilustraciones se refieren á la profesión. Y si por casualidad el artista ha de abandonar el taller para proseguir en lugar más adecuado su trabajo, se le encuentra frente á su caballete en el cuartel, en el picadero ó en pleno campo tomando las notas directamente del natural. Así trabaja Cusachs, así vive, consagrado por completo al arte y á la amistad, fuerte y vigoroso, esperanzado y lleno de esa satisfacción pura y honrada que produce cada adelanto y cada conquista."

Al honrar hoy las páginas de LA ILUSTRACION IBERICA con la reproducción de algunos magníficos cuadros del Sr. Cusachs, pagamos un tributo de admiración al distinguido pintor, que ha empleado sus elevadas dotes artísticas

gritos, pide aire, acaba por calmarse y se duerme. ¡Por qué angustias hay que pasar cuando se es madre de familia!

Un vómito le despertó. Guiado por un último instinto de conservación corrió hacia la puerta, la empujó de nuevo y perdió el conocimiento.

say, le probó que la lengua francesa no tenía secretos para él. Su vocabulario: "Oro, plata, teatro, Campos Elíseos" y una frase caracte-



LOS HIJOS DE CHEIKH MOHAMMED TAHER (DIBUJO DE BIDA)

Esta noche M. Houssay ha podido reconstituir todas las fases de la asfixia. Después de algunos instantes pasados en un malestar relativo experimentó un dolor de cabeza violento; quiso salir, pero en lugar de vestirse cogió su ropa, la llevó al hamman y se desmayó.

Nuestro asfixiado respira ahora lo mejor del mundo. En cambio nosotros estamos aniquilados. He ahí un hamman que no tendrá nuestra clientela.

24 de febrero.—Mirza es un hombre civilizado. Ayer, haciéndole compañía á M. Hous-

say, le probó que la lengua francesa no tenía secretos para él. Con este bagaje se puede ir al cabo del mundo y llevar á veces alegre vida.

Abdul Kaim ha concluido su visita reclamando el cargo de preparar los víveres de campaña. Resérvese también alquilar un coci-

nero, porque Msaud va á abandonar las funciones que ha llenado con gran detrimento de nuestros estómagos por el de vigilante de los trabajos. Nuestro proveedor ha recibido cien *krans* (ochenta francos) y enviado en cambio medio saco de sal, algunos kilogramos de arroz, naranjas amargas y un jefe andrajoso, hábil en preparar la cocina persa, indiana y hasta francesa, cuyos secretos le había revelado un árabe de Bagdad. En seguida el Mirza pidió doscientos *krans* para comprar bujías y cerillas. ¡Hum! Si la vida es á este precio, pronto la bolsa de la misión quedará enjuta. De todas maneras, tenemos prisa por liquidar los asuntos pendientes y llegar á Susa.

25 de febrero.—*El juicio de Salomón*, de que Marcelo está encargado de hacer homenaje al gobernador de la provincia, acaba de volver á ver la luz del día. Bien ó mal, hemos tendido la tela sobre el bastidor y reunido los cuatro lados con un marco magnífico. No ha sido olvidado el *naieb-el-hukumet* (subgobernador). Se le ha ofrecido la exhibición gratuita de la pintura y del marco dorado destinado á su excelente jefe. Se ha declarado satisfecho (con menos lo estaría), pero al salir nos ha confesado que adquiriríamos derechos eternos á su agradecimiento si á este regalo intelectual añadíamos un obsequio más tangible. El objeto de su ambición no era otro que un taburete plegadizo comprado en un bazar de Marsella por dos francos cincuenta. So pena de condenar á uno de los nuestros á sentarse durante toda la campaña sobre las rodillas en tierra, nuestra madre común, no podíamos acceder á semejante deseo. Decidióse, pues, que el *nadjar bachy* (ebanista en jefe) del gobierno vendría á copiar este mueble, que toma, á los ojos del *naieb*, las proporciones de un trono de oro.

Un mal taburete plegadizo de cuerdas vence sobre el espectáculo de la sabiduría de Salomón pintado al óleo y rodeado de un marco... *ebouriffant*.

Después de haber colmado de buenos modales y de palabras mejores todavía al *naieb* y á su séquito, Marcelo va á visitar al jeque Mohammed Taher y entregarle un cañón meridiano.

La leyenda de esta minúscula pieza de artillería es de las más singulares. Entre nuestros bagajes se encuentran cuatro ruedas de tiro. Desde nuestra entrada en Persia se nos preguntaba sobre su futuro uso. —Están destinadas á una carreta, respondíamos sin convencer á nadie. Y las preguntas misteriosas sucedían á los sobreentendidos. Por otra parte se nos preguntaba cuál era el contenido de nuestras cajas, y no hacíamos ningún misterio del cañón destinado á Cheik Mohammed Taher.

Los persas, no habiendo visto otras ruedas que las de los cañones del gobernador, han combinado nuestras palabras y forjado cuentos azules. Todos están persuadidos de que llevamos en caja las armas destinadas á la conquista de la Susiana. Marcelo acaba de descubrir la clave del enigma; riése mucho del *quid pro quo*, pero su alegría no alcanza mejor éxito que sus palabras, y es interpretada como un rasgo de genio ó un milagro de disimulo.

Mohammed Taher goza de grandísima influencia sobre la población fanática de Dizful. La carta del seide Hadji Hussein ha llegado á su poder, como atestigua la acogida benévola que él y sus hijas dispensan á la misión. Nada nos retiene ya aquí. Mañana dormiremos en Susa. ¡*In ch'allah!*

El Mirza volverá pronto á su vaca de leche. Sospéchole que quiere conducir á los Campos Eliseos á algunas señoritas de Dizmul. La misión pagará el gasto. Hay que vivir, sin embargo, en buena inteligencia con el personaje encargado del cuidado de espiarnos.

VI

Aparición de la fortaleza de Susa.—Una noche en la tumba de Daniel.—Instalación del campamento.—Dificultad de procurarse operarios.—Usta Hassan y su padre Dor Alf.—Descombro de las bases de columnas.

26 de febrero.—Hemos dejado á Francia

hace setenta y un días. Si se exceptúa una semana pasada en Aden, la estación de Buchyr, algunas cortas paradas en Chuster y en Dizful, no hemos cesado de rodar, de navegar ó de cabalgar.

Como de costumbre, la partida de Dizful se ha efectuado á una hora bastante tardía. Gruesas nubes abrumaban el horizonte. Alrededor de la ciudad se presentan huertas, grandes campos de trigo, tierras prestas á recibir añil y sandías. En seguida, á medida que nos alejamos, los cultivos se hacen más raros: sólo las praderas naturales y los tamarices verdean la llanura. Lluve. Las gotas caen anchas y pesadas sobre el suelo mientras llegamos á un brazo del Ab-Dizful. A pesar del temporal y de la noche que se nos vienen encima, es necesario, sin embargo, vadearlo. Apenas la caravana ha trepado por la orilla derecha, cuando Msaud, siempre inclinado á extraviarse detrás de los matorrales para fumar tabaco... de nuestros jóvenes camaradas, corre con los brazos al cielo, dando zancadas, con la cara livida de terror: —¡*Msieu! ¡Msieu!* ¡Helo ahí! ¡Helo ahí! ¡Está ahí! ¡Dame balas! ¡Le he visto: está ahí!

—¿De quién hablas?

—Es él: helo ahí. ¡Toma! ¡Cómo corre!

—¿Estás loco? ¿Quién es él?

—Helo ahí, *ti digo*.

Y levantándose hasta el oído de Marcelo, le dice en voz baja: —¡El león! Sliman, cuyos gruesos labios parecen hacerse más pesados de cada día, confirma temblando el dicho de su compadre. Al momento metemos cartuchos en las carabinas, y con mayor prudencia de la que empleamos en perseguir jabalíes, corremos los cuatro hacia una bestia amarilla que se marcha trotando á través de los arbustos nacidos á orillas del río. A nuestra aproximación el animal cambia de andadura. Es un gordo chacal, calientemente vestido con su pelaje de invierno. Cuatro carcajadas saludan este hermoso descubrimiento y volvemos sobre nuestros pasos.

¡Cuántas trágicas historias de caza no tienen á menudo un origen más serio!

Msaud lleva á mal la alegría de sus jefes: —Sí, es un león. Cuando he pronunciado su nombre (*sba*) me ha mirado de reojo. Le tratáis de chacal... porque no os habéis atrevido á tirarle. No quiero afrontar semejantes peligros sin tener balas que poner en el fusil que me rompe el espinazo. Sino, me vuelvo á Argelia.

—Como gustes: toma el primer tren que salga para Méjico.

Pasamos al pie de un enorme konar cargado de andrajos á guisa de *ex votos*.

—Estamos en el buen camino,—asegura uno de los guías.—Reconozco este árbol bendito; pero la distancia que hay que recorrer antes de llegar bajo techado es larga aún. En lugar de errar con semejante tiempo sería preferible plantar las tiendas.

En efecto, la noche es bastante sombría para confundir á Sliman con un valiente de pelo en pecho.

Mientras discutíamos la proposición de los acemileros cesa la lluvia, un viento violento desgarras las nubes, en el horizonte vibran relámpagos difusos, desencadenase una terrible borrasca, el rayo se pasea en zigzags luminosos, el trueno brama sobre nuestras cabezas. De pronto aparece en un nimbo deslumbrador una colosal masa oscura que se desvanece con las fulgurantes iluminaciones que han revelado su presencia.

—¡Chuch! ¡Chuch!—exclaman los acemileros.

Es, en efecto, la fortaleza de Susa. Acoge á sus nuevos dueños como hija de los dioses, y toma á Júpiter sus antorchas y su magna voz para desearnos la bienvenida. La borrasca se despliega por la derecha. Los augurios son favorables.

Traducción de

MARTA MALLIÉ

(Se continuará)

MILAGRO

—De mi sorpresa, Paz, no me repongo: fea y negra te he visto allá en Almagro y hoy hermosa te veo...

—Es el milagro del jabón de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaisster, París.

De venta en las principales perfumerías.

LA HERMOSA GRAZIANA

NOVELA POR

ANTON JULIO BARRIL

(CONTINUACIÓN)

De jovencita había sacrificado á las Musas en la Arcadia, y su anacoretica *A la golondrina* la había hecho merecedora en la feliz colonia, madre del bosque Parrasio del nombre de *Eurilla Chelidonia*. Pero pronto se había curado de aquella escarlatina arcádica: su matrimonio con un pez gordo del nuevo gobierno "usurpador" la había hecho pasar de un salto á la gran familia "pancista", y el cayado y la zampona de *Eurilla Chelidonia* habían ido á dormir en los desvanes. Por otra parte, Donna Elisa había continuado siendo literata, y era hermosa, aunque se dirigiese al ocaso; hermosa como un bello crepúsculo romano, incendiado y glorioso. Cosas que flotan en el aire. Ascanio Marini no había notado nada de esto, ni la Arcadia, ni la literatura, ni la erudición, ni la belleza: únicamente había visto la bondad, la gracia y el ingenio. Por lo demás, se está agradecido á quien nos hace hablar, y después de haber abierto la boca nos escucha con atención benévola: doble arte que distan mucho de poseer todas las señoras de su casa. Estaba agradecido á Donna Elisa y lo estuvo más aún cuando supo por Venafra que se susurraba andaba enamorado de ella. ¡Cáspita! Si los desocupados se permitían hablar de sus cosas ¡cuán descaminados iban! Pero que dijese lo que quisiesen y anduviesen, si cabe, cien millas más lejos. Y siguió yendo á casa de la Montalenti, á fuer de visitante agradecido, y que sabe serlo; pero nada orgulloso con creer verdad los ardores de que le había hablado, seguramente exagerando, Venafra. Los otros visitantes, no muchos ni demasiado asiduos, eran hombres graves, las señoras poquísimas, y fuera de la Amaducci, sólo conocidas por él de nombre. Pero un día, que se encontraba allí, en el salón de Donna Elisa, apareció el criado en el umbral y pronunció un nombre que le era harto conocido. Oyendo aquel nombre, y entreviendo bajo el dintel á la dama que llevaba aquel nombre, Ascanio Marini hubiera querido hundirse diez palmos bajo tierra. ¿Cómo había ido la marquesa Graziana á casa de la Montalenti? Nunca la había oído citar á Donna Elisa como conocida suya. Pero, á la verdad, no es ningún punto necesario que una señora haga el catálogo de todas sus amigas para instrucción de sus visitantes. Por lo demás, se conocía que la Mezzaterra no iba con mucha frecuencia á casa Montalenti. Podía ser amiga, y lo era quizás más que otras, pero era de aquellas que sólo se dejan ver cuando se muere el papa.

Mientras Donna Elisa hacía un gesto de asombro y se levantaba del sofá, dirigiéndose al encuentro de su amiga, la bella Graziana entró en el salón, vestida severamente de negro, con un grande abrigo de pieles sobre los hombros.

—¡Por fin!—exclamó Donna Elisa besándola.—¿Sabes que ya me contaba entre las olvidadas? Pero no por eso resignándome á tal desgracia. Así es que estaba un poco enfadada.

—Pues heme aquí implorando tu perdón,—respondió la hermosa Graziana.

Después de estos y otros cumplidos acostumbrados entre mujeres, la dueña de la casa se volvió, señalando á Marini.

—Te presento...—comenzó.

sentía así como un secreto temor de pensar que iba á un sitio donde, al decir de una vieja parienta, hacía siempre de bastonero Satanás; pero la curiosidad de un lado y los ruegos de aquéllas de otro, la vencieron.

Cuando la alegre turba de mujeres se disponía á marchar llegó García, el marido de Irene. Todas creyeron que la llegada del esposo era un gran contratiempo; pero él, que era un pobre hombre, las dejó ir de buen grado. Y mientras ellas bajaban á la calle alegres y bulliciosas él se entró en su alcoba frotándose las manos, y murmurando:

—¡Huy! ¡Qué ricamente voy á dormir esta noche!

II

El baile estaba animadísimo. Aquel conjunto mareante heterogéneo, rico de tonos vigorosos, concluía por producir cansancio en la retina. Entre los rumores de mil conversaciones, sostenidas con voces ya roncadas, ya atipladas, se escuchaban los últimos compases de una polca canallesca que la orquesta ejecutaba allá en el otro extremo del salón.

Allí estaban Consuelo y las otras, pero á Irene no se la veía.

Sí: aquélla debía de ser la graciosa morena. Por allá cruzaba en aquel momento, por un ángulo de la sala. Le daba el brazo un diablo rojo de los pies á la cabeza; ella se abandonaba en aquel brazo y él le decía palabras y palabras en voz baja, muy baja. Volvió á sonar de nuevo la música. Las parejas se pusieron en movimiento, y aquel brazo rojo del diablo que empujaba la cintura de Irene la empujó suavemente entre el torbellino de máscaras. Ella se sentía dominada por extraña fascinación: la voz de aquel hombre ó diablo era insinuante, dulcísima; sus palabras se iban de rechas al corazón de Irene, causándole complacencia infinita al par que temor y deseos de huir. Pero no podía: la sujetaba una fuerza atractiva, suave, imposible de vencer; sentía que un calor intenso quemaba sus mejillas, y sus ojos, al fijarse en las llamas oscilantes de los mecheros de gas, le fingían mil menudas estrellas de oro que á la vez se empequeñecían hasta convertirse en finísimo polvo luminoso que lo llenaba todo. Aquello era como una borrachera de los sentidos, de la que Irene no podía sustraerse.

Cesó la música. El diablo rojo seguía hablando á Irene en voz baja, muy baja. Al llegar ambos junto á la puerta de entrada, él hizo ademán de marcharse, y ella, en el momento, quedóse inmóvil; pero luego se dejó llevar por aquel brazo cuyo contacto la hipnotizaba. Irene y su acompañante salieron del baile, atravesaron el vestíbulo y se perdieron entre las sombras de la calle, por donde no transitaba alma viviente.

III

Apuntaba el día cuando Irene penetraba en sus habitaciones. No se daba cuenta de cómo había llegado hasta allí. En su imaginación se confundían los recuerdos de todo lo sucedido en la noche anterior... y no sacaba nada en limpio. ¡Qué pesadez sentía en la cabeza! Aquello debía de ser á causa del maldito *champagne*, cuya espuma había humedecido también los sedosos flecos de su mantón de Manila. Penetró en su alcoba con paso inseguro y se acostó, sin dejar de pensar en que el diablo no era tan feo como decía su vieja parienta; pero, eso sí, estaba arrepentidísima de su ligereza. No, aquello no estaba bien: no volvería más al baile, y mucho menos á aquel gabinetillo tibio como un nido á donde la condujo el diablo... ¡No y no! ¡Esta había sido su primera aventura y sería la última!

Y al día siguiente su primer cuidado fué... preparar un buen diztraz para el próximo baile.

ANTONIO FERNÁNDEZ NAVARRO

NUESTROS GRABADOS

EL CASTILLO DE HOSTALRICH

“Hijo Hostalrich de Gerona debe imitar el ejemplo de su madre”,—respondía el bizarro gobernador del castillo, D. Julián de Estrada, á las proposiciones de acomodamiento que le dirigía el duque de Castiglione,—aquel mariscal Augereau, que tan poco envidiable papel representa puesto en parangón con el colosal D. Mariano Álvarez, la

EN SUSANA

POR MME. JANE DIEULAFOY

(CONTINUACIÓN)

¡Hermosas bestias! ¡Cuánto me gustaría apoderarme de una de ellas! Semejante á las diosas y á las hadas, devoraría la llanura, humillaría el viento, volaría por encima de los



CORNETA DE CAZADORES. (Propiedad del marqués de Alfarrás)

mayor figura, quizás, de toda la guerra de la Independencia.

Bravamente cumplió su palabra el gobernador de Hostalrich, encargándose de desmentir, después de Álvarez, el aserto del gran Carnot respecto á que la defensa de las mejores plazas apenas pudiese prolongarse más allá de cuarenta días. El castillo de Hostalrich quedó bloqueado á primeros de enero de 1810. El día 20 de febrero comenzó el bombardeo, que fué horroroso, y así pasó todo el marzo, y hasta la noche del 12 de abril, y después de haber la escasez y la miseria del castillo igualado, si no excedido, á la de Gerona (pues les faltaba hasta el agua), no resolvió Estrada burlar al francés abandonando la fortaleza y salvando la guarnición, como así lo consiguió, por más que desgraciadamente, habiéndose extraviado en medio de la oscuridad, cayó prisionero del mariscal con tres compañías, pero no el grueso de la guarnición, que se libró por completo. Poco satisfecho sin duda el emperador con triunfos de la laya de los de Gerona y Hostalrich destituyó al futuro tráfuga de Lyon, reemplazándole con el mariscal Macdonald.

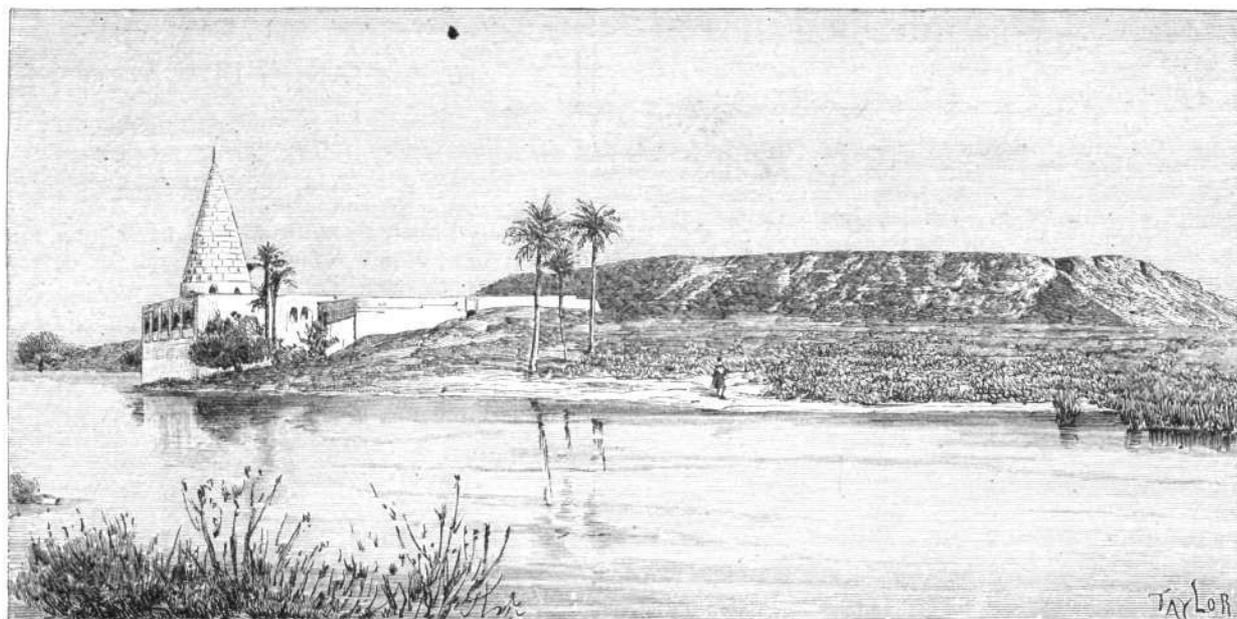
El castillo de Hostalrich fué hasta su abandono por los españoles, un terrible obstáculo para las comunicaciones entre Barcelona y la frontera, no habiendo disminuido en nada desde entonces su importancia estratégica.

tamarices y de los jarales desecados, franquearía diques y canales: no se burlarían de mí dos veces los jabalíes. Pero ¡tregua á las locas ambiciones! ¿No tengo yo cargo de caravana?

Sobre el ancho sendero trazado por la *ondú* (escolta) avanzan tres jinetes: á derecha é izquierda los tcharvadars señalan á Mozafer el Molk y al doctor Mustafá. En medio reconozco á Marcelo.

Levanto la cabeza de mi triste montura, aprieto las rodillas sobre los flancos enflaquecidos: —¡Arre, Rocinante!—La fisonomía del *bakem* respira inteligencia, pero las facciones pesadas carecen de nobleza.

El gobernador salía de la ciudad al llegar á ella mi marido. Invitó á Marcelo á volver sobre sus pasos y á acompañarle hasta el imanzadé, donde le esperaba un refrigerio. Por el camino hablarán de los asuntos de la misión, y antes de volver á montar quedarán redactadas las órdenes por uno de los numerosos secretarios siempre á la disposición de un alto funcionario.



LA TUMBA DE DANIEL Y LA CIUDADELA DE SUSÁ (DIBUJO DE TAYLOR)

Mozafer el Molk se deshace en cumplidos y me invita á compartir su comida. Miro á Marcelo, Marcelo me mira y me excuso pretextando la necesidad de llevar á la ciudad á un personal fatigado y unos bagajes mojados en el paso del río de Konah. Antes de separarnos, el gobernador ordena á Mirza Abdul Kaim que se coloque al frente del convoy y nos conduzca al palacio que acaba de abandonar.

Mozafer no cierra, como un obispo, la marcha de la procesión. Jinetes, tcharvadars, soldados, criados, mulos, asnos, ennegrecen la ruta hasta las puertas de la ciudad. Por más que sea imprudente evaluar un tropel tan desordenado, no puedo menos de estimar en tres ó cuatro mil hombres el número de personas agregadas al campamento.

He aquí Dizful. Las calles contrastan, por su limpieza relativa, con los laberintos de la triste Chuster. Las casas, de ladrillos cocidos, están casi á plomo. Las calzadas son practicables, pero peligrosas á causa de los acueductos descubiertos construidos en medio. Una población activa y densa se estrecha en la grande arteria que seguimos para atravesar la ciudad, llegar al puerto y tocar al palacio construido en la otra orilla del Ab-Dizful.

Jardines floridos y tierna verdura faltan por igual al rededor de la gubernamental residencia. Hasta las paredes de cerca se extiende un terreno yermo, rocoso, mal nivelado, en que se apilan los estercoleros y los *detritus* dejados por el *ordú*. A la voz bien conocida de Mirza Abdul Kaim, un viejo *darband* (conserje) abre la puerta y penetramos en el palacio, reputado en todas partes como una sucursal del paraíso.

Algunos escalones conducen á un departamento compuesto de una gran sala encalada, perforada por doce puertas vidriadas con cuadrados de tela. A la izquierda se presenta un *buen retiro* menos ventilado. Si el alojamiento está atestado de puertas, no podría decirse lo mismo en cuanto al mobiliario: preferiríale una estera de palma extendida en el suelo desigual. Al alejarse, el gobernador se ha llevado, según estilo del país, las alfombras de su residencia; pero los criados se han olvidado de agregarles las pulgas. Estas pobres bestiezuclas atestiguan su profunda desesperación con saltos desordenados y sólo encuentran alguna calma á la vista de la misión.

Por la noche comparece Marcelo. Ha quedado encantado de su conferencia con Mozafer el Molk y trae tres cartas preciosas: la primera le auto-

riza á cobrar fondos, la segunda á alquilar obreros y la tercera á hacer calentar el hamman del palacio. Nunca nos mostró un musulmán tales sentimientos de fraternidad.

23 de febrero.—Ayer dió mi marido orden de preparar el baño, y á primera hora entrá-bamos los dos en él.

Penétrase primeramente en una primera pieza cerrada. Bancos de tierra dispuestos á lo largo de las paredes están destinados á recibir los vestidos. Voy más adelante, y heme aquí en una sala abovedada que cierra un verdadero colchón. Cascos de botella engastados en la cima de la cúpula dejan penetrar una semiclaridad entristecedora. La atmósfera es espesa: apenas puedo distinguir los revestimientos de faenza blanca y azul aplicados sobre las paredes y dos profundas piscinas de agua caliente y agua fría. Me instalo. Cuando se tiene la chiripa de tomar un baño moro es para transpirar en conciencia y gozar *en seguida* del bienestar tan alabado que procura el

retorno á las condiciones normales de la vida. Esto me recuerda las gentes que se ponen piedrecitas en los zapatos á fin de reservarse el placer de sacárselas.

¡Llorad, mis ojos! ¡Quemad, garganta mía! ¡Aplomaos, cabeza y miembros! El placer mismo requiere una aclimatación. Salimos, y henos ahí encontrando una viva sensación de bienestar con la temperatura del vestíbulo y en seguida la claridad del sol y la brisa que sopla de la montaña.

—¿Estáis satisfechos de vuestro baño?—nos pregunta M. Houssay.

—Humo, agua fría y agua caliente á discreción.

—A mi vez.

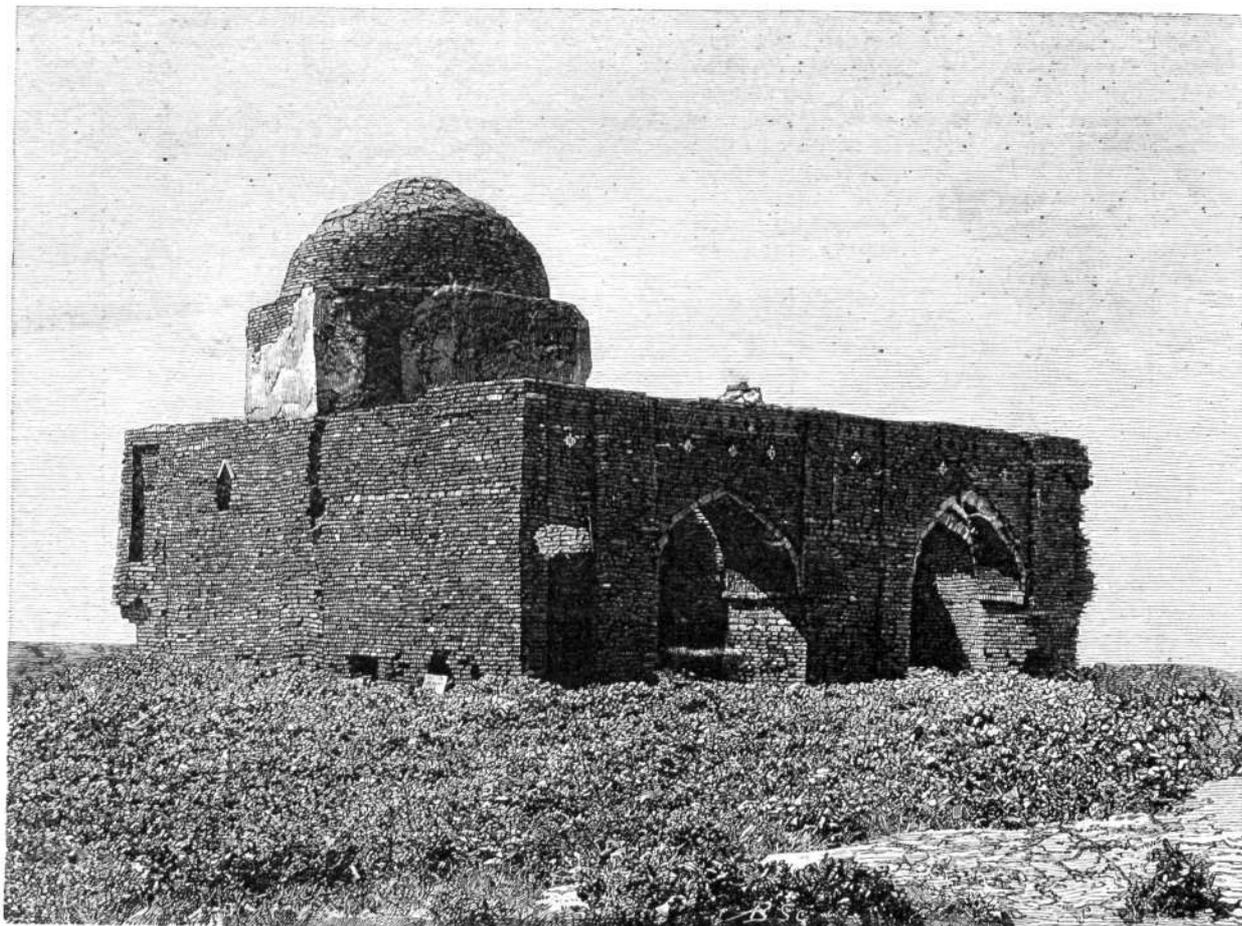
Volvemos al alojamiento y Marcelo se cree en el caso de preparar un telegrama. Un correo que va á partir para Teherán debe encargarse del mismo. Antes de dos meses tendrán noticias nuestras en París. El tiempo pasa.

—Has hecho mal en dejar el hamman,—me dice mi marido en tono pesaroso.—Houssay parece encontrarse

en él á maravilla.

Un grito, un aullido imposible de caracterizar, se deja oír. La puerta del baño se abre bruscamente, agítanse unos brazos, un cuerpo cae derribado de espaldas y las hojas se cierran por sí mismas.

Corremos. Nuestro desgraciado camarada está tendido en el suelo del vestíbulo, con los ojos un palmo abiertos, los miembros rígidos, la cabeza congestionada. Le trasportamos fuera. Los latidos del corazón no son perceptibles. —Es una asfixia carbónica,— exclama Marcelo. Y al punto insufla aire en los pulmones, ejerciendo presión sobre el diafragma. Friccionamos las piernas y los brazos. Nuestros esfuerzos parecen infructuosos, pero un espejo colocado sobre la boca se empaña aun. De pronto se perciben los latidos del corazón, después se sorprenden algunos movimientos en las comisuras de los labios. ¡Alabado sea Dios! El muerto resucita, se agita convulsivamente, articula sonidos roncós, lanza grandes



IMAN-ZADÉ CERCA DE SUSÁ (GRABADO DE BERTRAND, SEGÚN UNA FOTOGRAFÍA DE LA MISIÓN)

—¡Ah, sí!—interrumpió Graziana.—Preséntame al Sr. Marini. Y preséntame también a mí, porque seguramente no me conoce ya.

Ascanio Marini había quedado algo desconcertado con aquel ataque imprevisto, que, sin embargo, debía parecerle muy natural.

—¿Qué dice V., marquesa?—balbuceó.—¿De veras...?

—Digo,—replicó Graziana,—que he tenido el placer de conocerle a V. en Tivoli y aun el honor de invitarle a San Fermín.

—¿Y el Sr. Marini,—dijo Donna Elisa,—ha sido tan olvidadizo, que no se acordó?

—Olvidadizo no, por cierto,—respondió Ascanio.—Diga V. mejor prudente. Y creo que con razón. ¡Se hace tan fácilmente fastidioso el hombre!

—¡Ah! Si es por eso,—replicó Graziana con aire de cómica gravedad,—no he dicho nada. Persevere V., pues, en tan loables propósitos. En el fondo, la sociedad de San Fermín es una en que se divertiría V. poco no siendo un *sportsman*, como dicen ahora. En otro tiempo,—añadió ella riendo, y volviéndose a Donna Elisa,—se decía desocupado. Allí no se habla sino de caballos y de perros, de zorras y de jabalíes, de barcos, de remos, de pichones, de patos silvestres y de otras cosas igualmente instructivas.

—Que le fastidian a V., parece,—observó Ascanio Marini.

—¡Oh! ¡V. perdone!—respondió Graziana.—No quiero hacerme más poética y más bella de lo que soy. También aquel género de vida tiene sus atractivos. Es en suma una vida al aire libre, una vida rústica y sana. Hay allí hombres de gran valor intelectual a quienes les gusta alguna vez echar una cana al aire...

—Uno de éstos,—hizo notar Donna Elisa,—fué Nicolás Maquiavelo, que de día se ponía la toga florentina para escribir sus páginas inmortales, y de noche iba a las hosterías a beber y jugar con villanos.

—¡Bravo! Has citado un buen ejemplo, mi docta amiga; y yo, que soy una ignorante, me aprovecharé de este argumento. ¿Ve V. señor Marini? También Maquiavelo, con tanto talento como tenía. Yo, sin ir por las hosterías, hago un poco la vida bandolera allá abajo, corriendo por los matorrales y apuntando al jabalí. Confieso, además, que el bosque ejerce sobre mí una grande fascinación, con sus grandes sombras verdes, con sus jirones de cielo y con sus fuertes fragancias.

Ascanio había cerrado los ojos por un instante, y en aquel instante la veía pasar, fiera y soberbia, amazona a caballo, con los cabellos en desorden, caídos sobre los hombros, los ojos centellantes de profunda alegría y la nariz dilatada, respirando ávidamente los perfumes del bosque.

—Eso es hermoso,—observó,—y en esta parte estoy con V. Pero una cosa no puedo perdonarle, y es la caza.

—¡Hola!—dijo ella moviendo la cabeza.—¿Y por qué? ¿Haría V. el favor de decirme...?

—¿Me lo pregunta V., siendo mujer? Es privilegio de las mujeres sentir más delicadamente que nosotros. Sin intención de dirigirle a V. un cumplido,—añadió Ascanio,—que a la verdad resultaría demasiado viejo. Donde los hombres vemos el placer nuestro, y ningún otro fuera de la prepotente necesidad de satisfacerlo, una mujer ve aún el sufrimiento de las pobres criaturas de Dios, nacidas también para vivir, para amar y para tener voz en el gran concierto de la Naturaleza. Y nosotros, señora, vamos a turbarles en su quietud, a interrumpir el sueño con que tienen derecho a soñar en esta gran noche del universo. No para defendernos las matamos, sino para hacerlas sufrir divirtiendonos, para gozar de nuestra destreza, de nuestra habilidad, de nuestro golpe de vista infalible. Yo, señora, aborrezco la caza.

—¡Placer de rey!—hizo notar Donna Elisa.—Recuerde V. a Nembrod.

—Pues bien: compadezco a los reyes, desde Nembrod hasta nuestros días, si no encuentra V. otros. Pero V. me perdona, marquesa,—repuso en seguida Marini, viendo que la bella

Graziana fruncía el ceño.—Me salgo un poco de tono, como todos los predicadores cuando truenan contra los vicios del siglo.

—No, no haga V. caso de mi silencio,—respondió la marquesa.—Pensaba, estaba pensando en sus palabras de V. No debe ser cosa de mujeres hacer sufrir. No iré más a cazar, señor predicador. ¿Está V. contento?

—Trataré de volver a verla a V. para cerciorarme de que persevera en tan buenos propósitos.

Así diciendo, Ascanio Marini se levantó. No

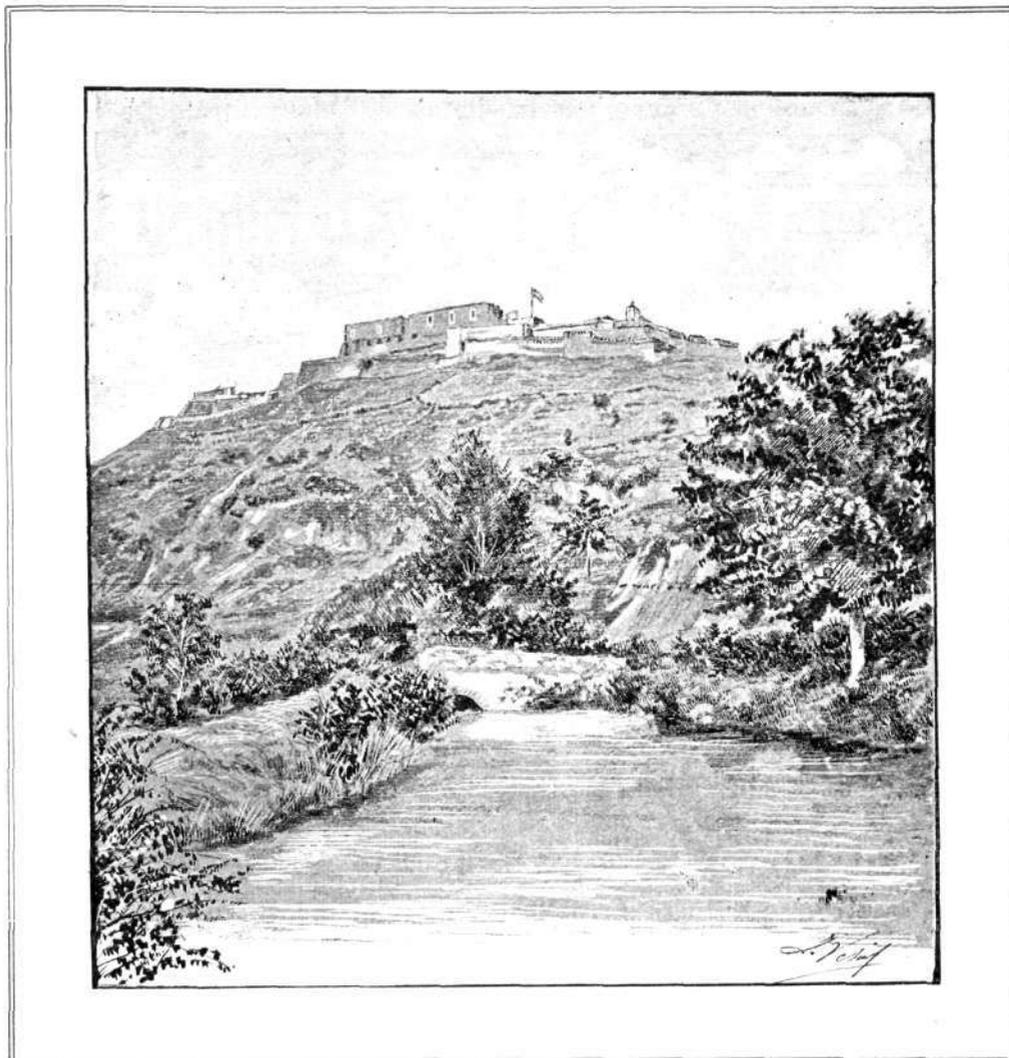
—Porque... va V. directamente en busca de un grave peligro.

Ascanio Marini levantó la cabeza con toda la altivez de su orgullo masculino.

—¡Un grave peligro!—repitió con tono sarcástico.

—Seguramente: el peor que puede temer un hombre como V.: el peligro de verse malamente tratado. No fie V. de su afabilidad: es completamente superficial. Graziana no ha amado nunca.

—¡Ni aun a su marido!—notó Ascanio, rien-



GERONA: CASTILLO DE HOSTALRICH (dibujo de J Vehil)

era conveniente que permaneciese más tiempo allí. Estrechó la mano que Donna Elisa le ofrecía, y también la de Donna Graziana, que sellaba de tal modo el antiguo conocimiento de Tivoli.

—¿Cuándo volverá V. por aquí, Marini?—le preguntó la Montalenti.

—Pronto, señora. Debo devolverle a V. su Schliemann.

—Haga V. que no sea por este motivo. No es bueno devorar la arqueología, pues se corre peligro de coger una indigestión.

—Pues ¿no sabe V. que casi he acabado el libro? ¡Es tan ameno!

Cuando Marini devolvió el tomo a la Montalenti, hablóse, naturalmente, de la Mezzaterra.

—¡Hermosa dama!—había dicho Donna Elisa.

—¡Hermosísima!—respondió Ascanio.

—¡Tal como dice V.!

—Tal como he dicho, señora.

—Es muy justo; pero, entonces, ¿cómo no ha ido V. a visitarla, según era de rigor?

—Puro miedo, señora,—murmuró Ascanio bajando la frente.

—¡Hola!—exclamó Donna Elisa enarcando las cejas.—¿Enamorado?

—Sí,—respondió él, mientras trataba de reprimir un suspiro.

—¡Pobre amigo! Ándese V. con tiento.

—¿Por qué?

do con su risita irónica, aun más superficial que la afabilidad de Graziana.

—A ése menos que a nadie,—replicó Donna Elisa.—¿No le conoce V.? Es el hombre más vulgar de la cristiandad.

—¡Oh, sí! Le he visto, y estoy enterado de toda su vida y milagros,—dijo Ascanio.

—Pues entonces ya comprenderá V. que, como primer ejemplar de su sexo de V., el que le ha cabido en suerte a Graziana no ha sido tal que pudiera hacerle perder la cabeza. Ella conoce ahora a los hombres, y los desprecia.

—Con benevolencia, supongo.

—Ya se entiende tratándose de una persona bien educada; pero ellos lo conocen, y no le perdonan este sentimiento.

Ascanio Marini no sabía qué pensar de todo eso, pero no añadió más. En cuanto al estado de su corazón, antojábasele haber dicho más de lo que creía ser verdad. Era una buena ocasión para desengañar a Donna Elisa si por acaso hubiese ésta visto en la frecuencia de sus visitas lo que jamás le había pasado por las mientes. ¿Pero era necesario esto? Puede que sí, puede que no. De todas maneras, había caído bien. Donna Elisa Montalenti picoteaba en letras y en erudición; pero era también, y sobre todo, mujer de ingenio.

Los amigos, entretanto, creían más que nunca que había caído en las redes de Corina.

(Se continuará)

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

RAMÓN MOLINAS, EDITOR

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

Plaza de Tetuán, núm. 50.—BARCELONA

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

por CARLOS MENDOZA

5.^a edición, considerablemente aumentada, é ilustrada con magníficos grabados y cromolitografías. Constará de dos tomos. La casa regala á los suscriptores á esta obra dos preciosas oleografías de gran tamaño, cuyos títulos son:

EL DOS DE MAYO | EL TRES DE MAYO
de NIN Y TUDÓ | de PALMAROLI

Se repartirán semanalmente uno ó más cuadernos á 2 reales.

GLORIAS ESPAÑOLAS

OBRA ESCRITA POR

CARLOS MENDOZA

Obra ilustrada con magníficas cromolitografías y profusión de bellísimos grabados originales de reputados artistas españoles.

Esta obra, que consta de cuatro tomos de regulares dimensiones, contiene las hazañas de los héroes, la vida de los artistas y los sabios y los progresos de la civilización de nuestro país, constituyendo una verdadera *Historia popular de España*.

Se reparten cuadernos semanales de 2 y de 4 reales.

ELIXIR

de PROTOCLORURO de HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
de VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias y adoptado por los hospitales. Es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre, debilidad, inapetencia y menstruaciones difíciles. Precio: botella, 4 pesetas; pequeña, 2'50. Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.

Depósito general:

ALMERÍA, Farmacia VIVAS PÉREZ
POR MAYOR: Madrid, Melchor García. Barcelona, Sociedad Farmacéutica, é Hijos de J. Vidal y Ribas.
POR MENOR: en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y Ultramar.

SALÓN DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIGIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue Provence, 40, PARÍS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparías, Corsés y Perfumería escogida

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el más gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salón y nos confíen sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros

Se remiten muestras de tejidos en todos los géneros y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

LA MÁSCARA DE BRONCE

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

por CARLOS MENDOZA

Consta de 40 cuadernos á 2 reales

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

R. MOLINAS, Editor.—Plaza Tetuán, 50
BARCELONA

LA FUERZA DEL DESTINO

NOVELA HISTÓRICA

POR

A. PEDROSO DE ARRIAZA

Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas.

Suscripción permanente

R. Molinas, editor.—Plaza Tetuán, 50
Barcelona

R. MOLINAS, EDITOR
PLAZA DE TETUÁN, 50, BARCELONA



CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica, basta una pequeña cantidad para aclarar el cutis más oscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.—Precio en París, 5 francos.

Dusser.—1, Rue J. J. Rousseau, Paris.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS.—PLAZA DE TETUAN, 50—BARCELONA

OBRAS ECONÓMICAS ILUSTRADAS CON EXCELENTES CROMOLITOGRAFÍAS

LOS TRES GUARDIAS DE LA REINA.—Escrita por Rafael de la Cuesta.—35 cuadernos, 17'50 pesetas.

LOS DRAMAS DE LA INDIA.—Obra de Mery, traducida por Blasco.—34 cuadernos, 17 pesetas.

Obras económicas, originales de distinguidos escritores, ilustradas por EUSEBIO PLANAS y LABARTA y grabadas é impresas con sumo esmero, á cuartillo de real la entrega de 8 páginas, repartiéndose cada semana uno ó más cuadernos de 64 páginas á dos reales

LA MUJER MÁRTIR, por D. Gonzalo de la Selva.—Consta la obra de 30 cuadernos. Vale 60 reales.

LA ESPOSA ENAMORADA, por Andrés de Arellano.—Consta la obra de 25 cuadernos. Vale 50 reales.

MISTERIOS DE LA HABANA, por A. Pedroso de Arriaza.—Consta la obra de 30 cuadernos. Vale 60 reales.

SOLEDAD ó EL BIEN PERDIDO, por Luis Pacheco.—Consta la obra de 25 cuadernos. Vale 50 reales.

EL PRIMER AMOR, por Alvaro Carrillo.—Consta la obra de 33 cuadernos. Vale 66 reales.

GIL BLAS DE SANTILLANA, por M. Le Sage, con láminas de Padró.—15 cuadernos, 30 reales.

LA MARTIR DE AMOR ó LA VENGANZA DEL REY, por Alejandro Dumas, traducida por Adolfo C. González. Obra adornada con láminas sueltas y grabados al boj, intercalados en el texto. De 25 á 30 cuadernos

EL JURAMENTO DE UN PROSCRITO.—Novela histórica original, por Rafael de la Cuesta.—40 cuadernos, 20 pesetas.

BRAZO DE HIERRO.—Aventuras de un grumete sevillano.—Novela escrita por Eduardo Blasco.—30 cuadernos, 15 pesetas.

LAS RAZAS HUMANAS, por Luis Figuer.—2.^a edición de gran lujo. 25 cuadernos, 50 reales.

LA HIJA DEL MISTERIO, por A. Mendoza Laserna.—25 cuadernos, 50 reales.

AMAR Y MORIR, por Alvaro Carrillo.—Consta la obra de 25 cuadernos. Vale 50 reales.

ALBORADA ó LA CAUTIVA DE AMOR, por L. García del Real.—25 cuadernos, 50 reales.

MARTIRIO DE UN ALMA, por Alvaro Carrillo.—Consta toda la obra de 25 cuadernos. Vale 50 reales.

LOS AMORES EN EL POLO, novela escrita en francés por A. de Lamothe, traducida libremente al castellano por Eduardo Blasco.—Consta la obra de 25 cuadernos. Vale 50 reales.

LOS LAZOS DEL DOLOR, novela inglesa de mistress Bennet, traducida por D. Juan de la Cuesta.—25 y 1/2 cuadernos, 51 reales

LA PATE EPILATOIRE DUSSEY

Privilegiada en 1836; destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningún peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación. Se vende en cajas, para la barba y las mejillas, y en 1/2 cajas para el bigote ligero. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol. — DUSSEY. Inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías). En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor plaza de Tetuán, 50.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor: Ancha de S. Bernardo, 38, pral,

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA + INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE LA ILUSTRACION IBERICA. PLAZA DE TETUAN, NUM. 50.—BARCELONA